

Tolerancia y solidaridad: de la moda al modo

CARLOS DÍAZ

I. TOLERANCIA, PARA NO TOLERAR LO INTOLERABLE

1. *Eslogan perverso polimorfo*

«Nada se nos ha vuelto más extraño que aquella aspiración de otro tiempo, la aspiración a la paz del alma, nada nos causa menos envidia que la vacamoral y la grasienta felicidad de la buena conciencia... Nada me parece hoy más raro que la hipocresía auténtica. La hipocresía es propia de edades fuertes... No cabe duda de que hoy es posible un número mayor de convicciones que en otro tiempo; posible, es decir, inocuo. De aquí surge la *tolerancia* para consigo mismo. La tolerancia para consigo mismo permite tener varias convicciones. Ellas mismas conviven pacíficamente» (Federico Nietzsche: *Götzendämmerung*).

En efecto, con la insostenible banalidad de lo común, el término *tolerancia* ha devenido un eslogan demagógico y facilón, un término para uso de hipócritas que presumen de lo que suelen carecer y que entienden la tolerancia como *indiferencia* («allá cada cual con sus problemas, mientras no me contaminen a mí»), como inhibición, como aburrimiento fastidioso, como distracción, como pasotismo fáctico o epistemológico del tipo *anything goes, todo vale* (Paul Feyerabend). Ahora bien, si lo mismo vale la magia que la alquimia o que la astronomía, igual la superstición que la ciencia, entonces ya estamos en el lado bueno del liberalismo, pues a poco que la llevemos al oculista veremos que el fondo de ojo de tan peculiar tolerancia es de corte ultraliberal, en la medida en que lo malo y lo bueno del ultraliberalismo se encuentran tan confundidos, que lo malo resulta bueno y lo bueno malo, aunque en última instancia venga a aparecernos aquel milagroso orden automático y regenerador, aquella *mano oculta* salvadora que acude en nuestro

auxilio poniendo las cosas en su sitio cuando es menester: sed tolerantes, y los demás se os dará por añadidura.

Sí, todos se afanan por vivir muchos años, y no obstante nadie quiere llegar a viejo. La consecuencia de este desafuero de la tolerancia a toda costa es doble, por un lado *la inhibición*, el permisivismo, el pasar de largo respecto de aquello que supuestamente no me concierne (¡y cuán pocas cosas me conciernen a Mí, fuera de lo Mío, diría Stirner!); por otro lado *el relativismo*, que reza como sigue: «si ellos piensan que tienen razón, ¿quién soy yo para decir que no la tienen?». El relativismo impide la existencia de un ideal de perfección humana compartido, lo cual permite por contrapartida que las transgresiones queden impunes.

Reconozcamos también que eso de *comprometerse fácticamente* con la tolerancia retórica resulta empresa hartamente difícil no sólo subjetiva, sino también objetivamente, aunque sólo fuere por motivos pragmáticos o de *realidad cotidiana*, como subraya Gustavo Bueno: «El principio de la tolerancia tiene un campo de aplicación muy limitado y más bien propagandístico. Kant (en *¿Qué es la Ilustración?*) distinguía ya el *uso privado* y el *uso público* de la razón (el individuo debe *ser sumiso* a la autoridad). En realidad Kant viene a formular la misma situación que definía Federico II: “Mis vasallos y yo hemos llegado a un acuerdo, ellos dicen lo que quieren [podría decirse: tolero todo lo que ellos digan] y yo hago lo que me da la gana”. De hecho, la tolerancia es utópica e ideológica: siempre hay un moderador o un consejo editorial que corta el diálogo infinito por motivos extrínsecos al diálogo (falta de tiempo en televisión, falta de espacio editorial, etc)» (*La Ética desde la Izquierda*. In «El Basilisco», Oviedo, 1994, 2.ª Época, núm. 17, p. 19).

Empresa difícil a la vista, ciertamente, pero no nos dejemos arredrar y salgamos otra vez por los campos de Montiel, que gigantes perversos no han de faltarnos nunca con apariencia de molinos de viento en la quijotesca empresa de pensar por cuenta propia.

2. Principio Leibniz versus principio Huxley

En el ámbito de la filosofía social suele argumentarse en pro de la tolerancia desde el terreno de las minorías, ya que las mayorías no necesitan apelar a la noción de tolerancia, pues les basta aferrarse al rodillo y aplicar automáticamente su ley inexorable. Mística de la tolerancia y derechos de las minorías suelen besarse, mas no por ello forman la pareja ideal, pues ¿en virtud de qué habría de tolerarse a una minoría que fuera nefasta, por el mero hecho de ser minoría?

Sea como fuere, aquello que toleramos lo toleramos en la idea de que se trata de algo *malo y a pesar de que lo sea*, aunque no falten gentes aleladas ingenuamente entusiasmadas con el embeleso posmoderno, que tiran cohetes

y descorchan cava al grito de «¡viva la tolerancia!». Gritarían, sí, pero de dolor, si alguien les pisara su delicado pie, y su grito tendría el formato de grito tolerante si —y sólo si— a pesar del dolor no devolviesen pisotón con pisotón: al fin y al cabo el tolerante no celebra nada positivo, a menos que celebre su capacidad de sufrimiento, pero tal cosa lindaría ya peligrosamente con el masoquismo. ¡Ojalá viviéramos en un mundo en el cual nada hubiera que tolerar, pues ese mundo sería no el mejor de los posibles (Leibniz), sino el mejor de los buenos: un mundo feliz (Huxley).

Por la misma razón ningún creyente podría entusiasmarse con la proliferación de pobres en su entorno alegando que cuantos más pobres hubiera tanto más podría él socorrerles y de tal modo santificarse, como tampoco ningún médico entusiasmarse con la extensión pandémica de tal o cual enfermedad infectocontagiosa con la excusa de que así podría él curar más. No. Sólo un tonto mete los dos pies en el agua para medir su profundidad; lo que es malo es malo, y no puede en modo alguno entusiasmarse, porque el entusiasmo, la promoción total sólo cabe respecto de una causa que reputamos *buena*.

Así las cosas, hablar sabiamente de tolerancia requiere *prima facie* establecer criterios definidores *del bien y del mal*. Una vez establecido qué sea lo bueno y qué lo malo, el sistema normativo básico, entonces lo tolerado lejos de ser festejado como bueno es tenido como *una carga que hay que soportar*: se tolera lo negativo, una mala jugada, un insulto, conforme al viejo principio estoico *sustine et abstine* (soporta y abstente).

3. Tolerancia y competencia deóntica

Distinguidas ya identidad y diferencia, bien y mal, y definida en principio la tolerancia como *el padecimiento voluntario de un mal ajeno aun pudiendo evitarlo*, esto es, como una posición que respeta a las personas cuyas ideas y acciones se consienten aunque se disienta de ellas, sin hacer nada como manifestación de nuestra potestad o imperio (el tolerante podría prohibir *prima facie* lo intolerable, pero decide dejarlo en el ámbito de lo permitido), el tolerante posee la competencia necesaria para determinar el *status deóntico* de lo tolerado por él, pues carecería de sentido afirmar que fulanito «no tolera el mal tiempo», toda vez que ningún mamífero hijo de mujer posee hoy por hoy competencia deóntica sobre la meteorología, simplemente ha de limitarse a soportar la sequía o aguantar el chaparrón.

Ni el esclavo «tolera» los castigos del amo, ni el viandante el chaparrón; los soportan o padecen porque uno y otro son sujetos sujetados, sujeto a sujeción (social o climática) y por ende objeto de sujeción: carecen del ejercicio de la libre subjetividad y por ende de la correspondiente deóntica, de ahí que su acto no pueda ser de naturaleza *intencional*. Aunque el esclavo no reconoz-

ca al amo su capacidad deóntica (recuérdense las hermosas páginas hegelianas en la fenomenología del amo y el esclavo), el amo puede sin embargo *de hecho* tolerar o no tolerar, ya que una cosa es la justicia y el pudor de la buena política (conforme al «Protágoras» de Platón) y otra cosa muy distinta la fuerza de la tiranía, siempre protegida por la legalidad que ella misma se autoconfiere pese a su posible ilegitimidad.

4. *Uso polimorfo de la tolerancia*

a. Tolerancia sensata, tolerancia insensata

Ahora bien, de suyo y por sí mismo el ejercicio concreto de la virtud genérica de la tolerancia puede ser fasto o nefasto, ya que se dan tolerancias *sensatas* y tolerancias *insensatas*, pero ni siquiera el más insensato de los tolerantes queda obligado a permanecer al margen de la deliberación, como tampoco a rehusar la argumentación moral.

Decididamente, la tolerancia insensata suele ser bien recibida por los beneficiados tratados como niños mimados y malcriados, aunque a la larga sus efectos puedan resultar desastrosos para ellos; por el contrario, la intolerancia insensata (que también puede haberla) tiene una *connotación negativa* de la que, en principio, carece la prohibición. Lo que molesta en la intolerancia insensata es que ella se basa en malas razones, y en este sentido tiene algo en común con la tolerancia *insensata*. La diferencia consiste en que la intolerancia insensata aduce malas razones para imponer prohibiciones, mientras que la tolerancia insensata se apoya en malas razones para aumentar el campo de lo permitido.

b. Tolerancia vertical, tolerancia horizontal

Tolerancia vertical

La tolerancia conoce también un uso vertical y un uso horizontal. Si el tolerante condesciende con aquello, o disimula aquello que estaría en condiciones de *poderlo imponer desde arriba*, entonces nos encontramos con lo denominado por Ernesto Garzón Valdés *tolerancia vertical*. El levantamiento de la prohibición podría conllevar el abandono total del sistema relacional vigente, situación en que la tolerancia adquiriría rasgos revolucionarios intrasistémicamente hablando. Por ello «la tolerancia en tanto propiedad disposicional resulta siempre un delicado equilibrio entre el mantenimiento del sistema básico y su derogación parcial (y en algunos casos, total) en virtud de las razones impuestas por el sistema justificante; en este sentido, la práctica

de la tolerancia es el resultado de la resolución de un conflicto normativo, tanto intra como intersistémico. Este conflicto suele surgir o bien cuando se presenta un nuevo acto hasta ahora prohibido, o bien porque un acto hasta ahora prohibido en el sistema básico se presenta bajo una nueva perspectiva, que es la que nos hace dudar acerca de la plausibilidad de su prohibición.

Si la tolerancia se caracteriza por esta tensión de *conflicto*, puede inferirse que *una vez superado el mismo no puede hablarse de tolerancia*, siendo más correcto referirse a permisiones o autorizaciones expresas que confieren derechos: en los países occidentales no es que se “tolere” la libertad de cultos, sino que ella es un derecho de todo ciudadano. Se habla entonces de *eliminación de prejuicios*, de democratización pluralista, o de superación del dogmatismo fundamentalista, cosas que son distintas de la tolerancia en sentido estricto» (cfr. Ernesto Garzón: «No pongas tus sucias manos sobre Mozart». *Algunas Consideraciones sobre el Concepto de Tolerancia*. In «Derecho, Ética y Política». Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993, pp. 409 ss).

b'. La tolerancia vertical a su vez podría ser pública o privada

La *tolerancia pública* es aplicable a todos por igual. De todos modos —y aplicando lo antedicho al ámbito del Estado— no debe identificarse bondad estatal con omnipermisividad, recuérdese el escrito de Herbert Marcuse *Repressive Toleranz* (VV. AA.: *Kritik der reinen Toleranz*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1966, pp. 91-128). La omnitolerancia irrestricta e indiscriminada niégase en el límite a sí misma y conduciría en su extremo a la eliminación de toda regulación del comportamiento interhumano, haciendo paradójicamente imposible el hipotético «estado de naturaleza» idílico (a la Rousseau) y propiciando más bien un estado de necesidad fáctico según la aterradora versión hobbesiana del *homo homini lupus*. Así que, por chocante que parezca, ciertas intolerancias en ciertas circunstancias merecen el mayor respeto; dicho de otro modo, determinadas formas de intolerancia no sólo no significarían la negación de la tolerancia, sino su intrínseca condición de posibilidad.

Perversa es, recordaba Herbert Marcuse, aquella tolerancia que se extiende a «medidas, condiciones y formas de comportamiento políticas que no deberían ser toleradas porque obstaculizan o destruyen las posibilidades de llevar una existencia sin temor y sin miseria» (*Op. cit.*, p. 94), y por eso frente a ella exigía aquel filósofo una *tolerancia diferenciada con fundamentación racional* «que tuviera en cuenta las buenas razones aducidas por John Stuart Mill, a saber, la conexión existente entre libertad y verdad aplicada a la posibilidad del desarrollo de la autonomía personal. Una tolerancia ilimitada «se vuelve problemática cuando no existe su fundamento racional, cuando es impuesta a individuos manipulados y adiestrados, que repiten las opiniones de sus señores, y la heteronomía se convierte en autonomía» (*Op. cit.*, pp. 101 ss).

Y perverso es también hoy —por qué no decirlo— cierto ejercicio político de las *elecciones democráticas*, en que se arranca el voto al pueblo a cambio de quiméricas tolerancias y de hipotéticas facilidades mil:

— partidos «populares» todos, rivalizan en prometer y prometer duros a dos reales, pero sin plazos ni fechas ni exigencias, ni contrapartidas, tabarato deme dos (¡ah, necesarios partidos «impopulares», vosotros tanto mejores cuanto más exigentes y veraces!);

— partidos «populares» todos adormilan al pueblo mimado-cloromorfizado-alienado porque papá partido anhela convertirse en papá Estado y por eso le canta al pueblo el «duérmete niño», que le deja las manos libres;

— partidos «populares» todos buscan como locos el gris del espectro de centro, espacio de indefinición donde todas las vacas son pardas y donde toda pseudotolerancia tiene su asiento.

Pero frente a estas salmodias y recitativos para comerte mejor Caperucita cabría recordar con Emmanuel Mounier que la democracia comienza al menos por la distancia, cual cosa de campesinos desconfiados: como el principito y el zorro, el establecimiento de su amistad recíproca pide ritos vinculatorios cercanos y maduración en el lento tiempo espiritual de las grandes empresas.

Por su parte la *tolerancia privada* es siempre de carácter unilateral, en la medida en que uno puede ser tolerante con otro, sin exigir contrapartida o reciprocidad del otro. En este último sentido recuérdese que en ciertos idiomas, por ejemplo en alemán, el contrato (*Vertrag*) requiere de las partes que se toleren recíprocamente (*sich vertragen*). Como ha subrayado Hans Kelsen, el vínculo entre tolerancia recíproca (compromiso, consenso) y *democracia* es tan fuerte, que la lesión de esa tolerancia afectaría esencialmente a la democracia misma. Si el núcleo de la democracia es esa recíproca tolerancia contractual, entonces ella *no puede tolerar lo que amenace con destruirla*, a saber, la intolerancia del fanático, del totalitario, o del terrorista. ETA no sería la empresa de carnicería que es sin la complicidad tolerante de muchos.

Tolerancia horizontal

Por último, cuando la tolerancia se ejerce horizontalmente, el tolerante estaría en condiciones de *poder retirarse o no* (*tolerancia horizontal*, en este último caso) del lado de aquellos cuyos daños u ofensas no está decidido a recibir.

5. Llegados aquí, conviene retomar las afirmaciones del principio: la tolerancia implica *buena disposición* o buena voluntad para soportar algo que nos desagrade en mayor o menor grado, dándose así una relación de proporcionalidad directa entre buena voluntad y desagrado: a mayor desagrado, mayor buena voluntad, hasta donde sea posible.

En el límite, la tolerancia se convierte por ello en *virtud heroica*, como ya señalara Kant magníficamente en su opúsculo *Sobre el Pretendido Derecho a mentir por Altruísmo*: aquel loco furioso persigue cuchillo en mano a un inocente viandante, que despavorido se refugia en la primera puerta abierta que encuentra, y que por causalidad resulta ser mi puerta. Así las cosas, y para salvar la vida del fugitivo, ¿tengo yo derecho a mentir al loco asegurando que no se ha escondido nadie en mi casa? Kant responde negativamente: quien miente deja de comportarse como debe, categóricamente, pues una sola mentira por bienintencionada que fuere rompe el hechizo. Mas si digo la verdad no es para dejar indefenso al pobre viandante recluso por fuerza mayor en mi domicilio, antes al contrario la verdad proclamada se alía en necesidad de defensa del necesitado ante mí: «Sí, está en mi casa, pero tendría usted que derribar mi puerta primero y pasar después por encima de mi cadáver antes de hacerle daño a él, porque yo no lo voy a abandonar». He ahí cómo por sobre la tolerancia basada en la mentira está la moralidad fundada en la virtud que incluye el autosacrificio cuando fuere preciso. Obviamente, pocos estarían dispuestos hoy a tal forma de comportamiento moral, tenida por utrarriorista.

6. Pero no todo concluye ahí: para no tolerar lo intolerable hay que pasar de la tolerancia al *respeto*. En efecto, la tolerancia más digna posible camina siempre hacia el *respeto*, es tolerancia *respetuosa*, no ya meramente pasiva sino activa y propositiva: «El ejemplo y la disciplina definen la conducta deseable. El principio que debe regir la convivencia (otra cosa es la convivencia-coexistencia política) es el respeto mutuo y la exigencia en el cumplimiento de los deberes. El *respeto* es otra cosa. Respetar a otro es volver la vista atrás para mirarle (*respicere*, mirar benignamente los dioses a los hombres), aceptarlo como es, sin renunciar a la tarea educativa de ayudarlo a ser de otra manera mediante la corrección y la exigencia, con la confianza de que puede lograrlo; exigir el cumplimiento de los deberes no es ser intolerante, sino respetuoso con las personas cuya perfección ideal se busca.

Evidentemente se parte de un ideal de perfección humana que todo ser humano está obligado a tratar de alcanzar, de la existencia de valores objetivos, intelectuales, morales, estéticos. Si no existe una *meta ideal* de perfección, no se puede hablar de progreso cívico ni moral. Si se parte del relativismo ético, se impone la tolerancia inhibidora que lleva al permisivismo y a la no educación en valores» (Sexto Castañeira: *Proyectos educativos Rubik*. In «Acontecimiento», Madrid, 1995, 37, pp. 8-9).

Así las cosas, «es el respeto a la persona el que puede llevarnos a no respetar sus opiniones si éstas son delirantes o gratuitas. Pues la tolerancia no debe ser la medida de la ética, sino la ética la medida de la tolerancia. Del mismo modo, la tolerancia tampoco debe desconectarse de la verdad: ningún respeto debe darse ante la mentira o el error» (Gustavo Bueno: *Loc. cit.* pp. 28-29).

Desde luego hay que tener mucho cuidado para saber corregir sin humillar, desplegando con la mayor exquisitez posible la *corrección fraterna*, actitud por lo demás frecuentemente mucho más sabia que la reprimenda feroz, la cual suele conducir a resultados opuestos a los deseados. En todo caso buena educación y corrección no tienen por qué resultar incompatibles, y los manuales de virtud aconsejan desde hace mucho tiempo sabiamente la fórmula: *suaviter in modo, fortiter in re*.

Y si todo lo anterior es verdadero, entonces podemos alargar la afirmación de Cesare Lombroso «odia el delito, compadece al delincuente» en esta otra: «sé intolerante con el mal, acogiendo al malo». Debemos, pues, luchar contra la *falsa compasión*, es decir, contra ese chantaje emocional que mete en el mismo saco al mal y al malo para pasar de matute en semejante caballo de Troya lo intolerable. Lo intolerable no puede ser tolerado en modo alguno, antes al contrario el amor al bien exige no tolerarlo, pues de lo contrario quien tolera lo intolerable hace imposible el bien y por ende se convierte en su enemigo intolerante.

Evidentemente esta actitud complica la vida, y muchos de los pseudoforos de la tolerancia simplona distan años luz de estar dispuestos a dar la propia vida en la lucha contra lo intolerable. En el límite, la verdadera tolerancia coincide con aquella actitud con que Platón tipifica al justo por excelencia, aquel que está dispuesto a *asumir hasta la muerte en cruz todos los males del mundo por salvar a un solo individuo*, asunción que para el cristiano se corporeiza en Cristo en la cruz, llevándola a término en su doble condición histórica y escatológica.

II. SOLIDARIDAD, PARA HACER POSIBLE UNA FORMA DE TOLERANCIA QUE NO TOLERE LO INTOLERABLE

1. *Solidaridad y Memoria*

Si corren tiempos favorables a la «tolerancia», también parece acompañarle idéntica suerte a la *solidaridad*. Felizmente, al menos en principio, todo tipo de plataformas solidarias y voluntariados del mismo signo rivalizan asombrosamente en buscar su asiento en medio de un mundo que tiende a la disoperación y al abandono de las causas perdidas. Pero a fin de que esa suerte no penda del azar ha de enraizarse en la profundidad de la *memoria*.

Ahora bien, hay memoria cuando hay *dolor*, a más dolor más memoria de la identidad: *dolet ergo sum*, afirmaba Kierkegaard ayer y hoy reafirma docetamente Jean Luc Marion: parece que la llamada ancestral del dolor garantiza de algún modo el atavismo inmemorial de la memoria; cuando del dolor se va perdemos la memoria.

Para evitar el dolor Schopenhauer propuso desarrollar el *olvido*, pero la

del olvido parecer ser una técnica endiabladamente difícil, precisamente porque quien busca evitar el recuerdo a toda costa termina presencializándolo precisamente por esa su misma obsesión de olvido: el ratón inexistente acaba por aparecerle al más obsesionado por el ratón real.

Claro está, la memoria de que hablamos nada tiene que ver con la *memorieta superficial* (lista de los famosos reyes godos), donde el pasado pasó sin que haya sido en nosotros por más que lo recitemos como loros o como Musas de dulce voz; aquí hablamos de esa memoria que se aprende conforme al idioma francés, *par coeur*, de *cor-razón*, no sólo con la cabeza sino también con el corazón y con todas las vísceras. Precisamente de esto se dió cuenta perfecta Don Miguel de Unamuno cuando —con su estilo hiperbólico de ornitorrinco egótico— enfatizaba que verdadera memoria sólo la tiene *el estómago*, que las cornadas del hambre son tan terribles, que en última instancia los quejíos del hondón del alma se fraguan en la cocina de un estómago vacío. Por eso el estómago lleno, antítesis del estómago vacío, suele ser también antítesis de memoria honda, por ende memoria desmemoriada y mutante, desmemoria descorazonada (des-cor-razonada), si te he visto no me acuerdo.

Y si todo lo anterior fuera al menos en parte verdadero ¿no lo sería también —al menos en parte— que Narciso el egocéntrico, el desmemoriado respecto de los dolores ajenos, aquel cuyo horizonte de pensabilidad no va mucho más allá de Corteingleslandia en última instancia, no puede saber nada de solidaridad? Dicho de otro modo, un poco más exigente: ¿cómo podría compatibilizarse la perspectiva de Narciso con la del Héroe Rojo (o Rojinegro)? Si Narciso pretende olvidar la memoria del dolor para incapsularse en su ahora gozoso y epicúreo tratando de eternizar su instante faústico, poco va a poder ayudar a ningún «varón de dolores», según lo definiera el profeta Isaías. A lo máximo, y si hay suerte, practicará la aflautada solidaridad de la limosna, eso que hoy se denomina *esponsorización de los programas de desarrollo* y que no es sino la *rentrée* vergonzante del rico Epulón dejando caer migajas sobre el pobre Lázaro a los pies de su mesa, con el agravante de que tal actitud ayer censurada por insolidaria hoy es magnificada como gesto de espléndida solidaridad. Yo desde luego, permítaseme meter la propia cuchara en esta olla, a pesar de mi flaca memoria en todos los sentidos, jamás podré olvidar aquel diálogo tenso y de infausta recordación con la representante del potente Ministerio Bávaro de Asuntos Sociales (*Bayerisches Bundesministerium*, no se olvide!), empeñada en poner como ejemplo de solidaridad con el tercer mundo la esponsorización llevada a cabo por Opel en ciertos programas de desarrollo en el tercer mundo: en su cabeza no entraba ni por asomo que la solución de los males de los pobres no esté precisamente en la mano de quienes los empobrecen. Una muestra más, en fin, de lo frágil que es la memoria cuando el estómago rebosa: aquella señora, que casi hubiera podido ser mayista en mayo del 68 en la universidad de Munich, hoy había

pasado una esponja por aquellos desvaídos recuerdos, y miraba con miseria y conmovimiento al pobre utópico ante ella que aún se atrevía de recordar...

2. *Solidaridad y Entendimiento*

Pero si no cabe solidaridad sin memoria, tampoco sin entendimiento que, junto con memoria y voluntad, formaba ayer algo así como la vieja triada capitolina —Júpiter, Juno y Minerva— en los viejos textos de psicología de las facultades del alma.

Ayer a la pregunta de «por qué haces (o no haces) eso» había que dar razones, mejores o peores, buenas o malas, pero hoy parece bastar un «porque me apetece (o no me apetece)», al margen del entendimiento o sin su concurso. Nuestro voluntarioso voluntariado posmoderno o más bien neorromántico se parece mucho en sus planteamientos al cerdito que para defenderse del lobo hizo una casa de papel, ya que su mera buena voluntad solidaria se sitúa al margen del entendimiento y de la razón, únicamente desde *el sentimiento*, desde la *apetencia* del *me gusta/no me gusta*. Ligado, pues, su comportamiento al mero juicio de gusto estético (que diría Kant), esa voluntad más que voluntad es *deseo*, y el deseo lejos de caracterizarse por la solidez de un buen diseño teutón se complace en mutar y en recorrer devastadoramente el trayecto de salto emocional en salto emocional, abriendo su flor en mil pétalos, su deseo en mil *deseos*, hoy te quiero más que ayer pero menos que mañana, todo lo cual ayuda poco a madurar, si es que ayuda algo.

Consecuentemente, una de las características más llamativas de los actuales movimientos de voluntariado solidario es su adolescentización, es que *apenas si haya en ellos veteranos*, gentes que hicieron hacen y harán de la *perseverancia* una virtud etimológica, *per se verante*, y de los cuales podría decirse que la veteranía es un grado en su favor.

Con este panorama nada más fácil que plantear campañas tontas de solidaridad tales como «ponga un bosnio en su vida», a modo de operación kilo, casi siempre llevadas adelante desde *Organizaciones No Gubernamentales* (ONG que son realmente OSG) manipuladas y subsidiadas por el Estado que sí sabe lo que quiere, y que se sirve de planteamientos pánfilos, carentes de autonomía moral pero etiquetados como solidarios, para ejercer su perversidad, llamando solidaridad a lo que no es sino refinamiento de su imperialismo protervo y expresión de su perpetuamente inmoral *reality show* cósmico.

3. *Solidaridad y Voluntad*

Dime de qué presumes, en fin, y te diré de qué careces: cuanto más presumes de tu *voluntariado* solidario, menos *voluntad* pareces desarrollar, caren-

te como estás de autonomía moral, la cual pertenece al ámbito de la *razón práctica* (práctica sí, pero de la *razón práctica* también).

La solidaridad, no el mero narcisismo, ha de ser una virtud moral práctica asumida con un gesto de voluntad; mas para alcanzar la condición de auténtica virtud moral habrá de ser, conforme a lo enseñado por Aristóteles:

- búsqueda de un hábito de excelencia
- situado según la razón
- en orden a la forja de un carácter.

Por eso la solidaridad de la mera *voluntad-deseo* es poca cosa, apenas nada, al lado de la *voluntad-virtud*, necesaria para asumir en profundidad proyectos de solidaridad auténticamente capaces de trascender mi mero deseo y de traducirse en compasión activa (compasión con pasión) con los demás necesitados, hasta el punto de poderse proponer desde ellos un orden sociopolítico nuevo y cualitativamente distinto al que campea en forma de desorden establecido. Por eso, a diferencia del voluntariado gazmoño y de la tolerancia blandita narcisada-ajardinada, que mira al prójimo al que supuestamente ayuda como quien se mira a sí mismo en la foto salvando a una ballena, la *voluntad solidaria* descubre al prójimo a la vez que se descubre a sí misma, y en ese mirar recíproco idea mundos más libres, iguales y fraternos: sólo desde el triduo libertad-igualdad-fraternidad, y sin abandonarlo, puede tener asiento el más débil libertad-justicia-solidaridad, hoy al uso.

Aquí, los límites del tú y del yo se desvanecen, porque la relación *yo-y-tú* ha comenzado a ser verdadera, el *encuentro* ha comenzado a fraguarse, y ambos a traducirse en verdadero *acontecimiento*.

Obviamente, esta solidaridad no resulta del todo fácil y dista mucho de la usual. Para su ejercicio son menester muchas virtudes, no en menor grado ni en último término la virtud de la *paciencia* (paciencia viene de *pasio*, *pati*: *padecer*, padecer-con, com-padecer) *incondicional*, allende los vaivenes de las modas, las mutaciones climáticas, los vientos asirocados, o el relevo de los eones. Y, si se nos apura, allende la Universidad misma.